

vantareis persuadidos de que el rosario es una invención de profunda teología cristiana; básteos, por el pronto, saber que la Virgen lo recomendó vivamente en su revelación á la pastorcita de Lourdes.

LVI.

ROSARIO CATÒLICO Y ROSARIO PROTESTANTE.

No bien los peregrinos ingleses se hubieron acomodados sobre la yerba y la roca, que formaban asientos no desagradables, y no bien hubieron sacado sus anteojos con toda la curiosidad de la curiosísima raza británica:

—Os prometo, dijo el sacerdote, uno de los más hermosos espectáculos que se pue-

den ver en estos lugares, si sois constantes para esperarlo; la llegada de los peregrinos que aguardamos.

Semejante anuncio estaba enteramente conforme con los deseos de la comitiva, y sobre todo de John, ansioso de estudiar al vivo las costumbres católicas. Decía entre tanto el sacerdote:—¡Oh! ¿Quién os ha desacreditado de tal manera el rosario católico? ¿Sabeis en qué consiste? Temo que no.

—¿Cómo que no? repuso John. Lo se perfectamente; he visto á esta señorita (y se sonrió, señalando á Julia), que es católica romana muy papista, rezarlo en el jardín sabrosamente; he oído en vuestras iglesias al pueblo murmurarlo extensamente. Es una hilera de cincuenta Ave Marías que se hacen correr una tras otra, precisamente para infringir aquel precepto de Jesucristo: “Cuando oreis, no queráis hablar mucho”

Al decir estas palabras el joven, brillaba el corazón de mistress Needle, que descubría en su hijo primogénito un adversario inteligente del *papismo*. Empero más y mejor brillaba el corazón de Julia, que presentia la respuesta, alegrándose tanto más cuanto veía que John, su madre y las

pequeñas pendian de los labios del misionero con atención vivísima, casi sin cuidarse del magnífico paisaje que se dominaba con la vista.

—Si vos, dijo el sacerdote, no alimentais preocupaciones contra la Virgen. . . .

—Ninguna, ninguna, contestó John interrumpiéndole. No somos nestorianos, sino simples secuaces de la biblia y de la razón.

—Pues bien, prosiguió el misionero; si es así, puedo deciros de hoy en adelante resareis el rosario, á pesar de ser protestantes, lo mismo que lo rezan los católicos. ¿De qué se compone el rosario? De contemplación mental y de plegaria vocal que se alternan, enlazan y completan entre sí. Por lo que hace á la contemplación, versa sobre una série de quince misterios, los más augustos y venerandos de nuestra redención. ¿Hallais contra esto algo que decir? ¿Os parece que tales objetivos merecen alguna consideración? ¿Qué pesamiento tan escogido y sublime puede ocupar una mente humana como las obras supremas y de la Divinidad? ¿Qué ejercicio tan saludable, benéfico y fecundo en santos propósitos como la meditación de las cosas reveladas en el Evangelio?

¿A qué fin tratarles en quince partes? preguntó el joven:

—Por la misma razón, respondió el misionero, en virtud en la cual vos, viendo un pollo en la mesa, lo partís. A ser rigurosamente necesario, podrían vuestra señora madre y vuestras amables hermanitas dar vocados en él; pero no, cortésmente cogéis el trinchante, y á un lado la cabeza, á otro las costillas, á otro las alas, etc.; luego caballerosamente las servís. Dejemos las bromas aparte: la Iglesia divide la materia de la meditación en quince porcioncitas, á fin de que las personas vulgares y sencillas puedan fácilmente convertirlas en su alimento. Vos mismo, que me pareceis culto por buenos estudios ¿os sentiríais capaz de engulliros el Evangelio de un bocado? No por cierto. Como los demás, para estudiarlo, debéis tener la paciencia de dividirlo en capítulos y versículos, rumiándolos parte por parte, á fin de hallar en él gusto y sabor. Deberías, por consiguiente, inclinaros delante de la sabiduría maternal de la Iglesia católica, que recoge la más selecta sustancia del alimento divino, la desmenuza y la deja en la boca de sus amados hijos, ignorantes ó sábios, porque

todos son hombres mal dispuestos para saborear el alimento celeste.

Al joven parecióle justa la distinción, y respondió: Nada tengo que oponer á la contemplación de los hechos evangélicos, lo que me ofende mucho es la friolera de las cincuenta Ave Marías.

—A ellas iba yo ahora. ¿Cuál debe ser el efecto propio de la contemplación, sino encender los corazones y prestarles alas con el fin de que se puedan elevar á Dios? En otros términos: ¿por qué se consideran las cosas celestiales, sino para enamorarse de ellas con el fin de adorar, pedir y esperar? Ahora bien; en la práctica del rosario, los fieles, después que han recordado un misterio comienzan incontinenti la legaria y rezan el divino Padre Nuestro, cumpliendo á la letra el mandato de Jesucristo. “Así orareis vosotros: Padre nuestro.” ¿Qué os parece?

—Habladme de los Ave Marías, respondió John, cuya mente, ya dócil para lo verdadero, no resistía cuando vislumbraba con claridad una cosa.

—Antes del Gloria.

—No es menester, dijo John: lo tenemos también nosotros en el “Prayer-book,” y nada me parece tan justo como

la glorificación de las divinas Personas. Habladme, habladme de las Ave Marías.

—Ya que os parece tan autorizada y perentoria la autoridad de vuestro *Prayer-book*, ¿por qué no aprendeis en él á respetar la repetición del Ave María?

—No se haya una sola vez.

—Pero en cambio, replicó el misionero, hay allí no pocos rosarios de otras oraciones. ¿Por qué os parecen bien las *Litany or General Supplication* donde hay aquella multitud de *Libradnos, oh Dios bueno* (1)? ¿No bastaba decirlo una vez al cabo de tantas peticiones acumuladas? ¿No podíais ahorrar algunos de aquellos *Os suplicamos que nos oigais, oh Dios bueno* (2)? ¿A qué fin atormentar el corazón del *buen Dios* con una batería incesante de veinte y dos súplicas idénticas? Cuando vosotros orais, no quereis hablar mucho, dice el Evangelio. Lo peor es que hasta el Espíritu Santo inspiró al profeta David una especie de rosario: el mismo Espíritu Santo, que después dispone que no se multipliquen las palabras. Leed el salmo ciento treinta y cinco, y hallareis que la

1. Goor¹, Lord, deliver us.

2. We beseech thee to hear us, good Lord.

exclamación “porque es eternamente misericordioso,” está repetida veinte y siete veces: un verdadero rosario de tres decenas. ¿Cómo, pues, siendo tan amigo de la Biblia, os escandalizais de que un católico renueve diez veces la salutación angélica, Ave María? ¿Y de que luego meditado, un segundo misterio, y coseguido nuevo fervor, torne á la misma plegaria por la segunda vez, y sucesivamente por la tercera, continuando bien lo que bien comenzára? Señor, si no condenais primero vuestra liturgia protestante, y también por añadidura el Espíritu Santo, no podeis lógicamente condenar la repetición del Ave María.

—No la condenaría, respondió John, vencido por la evidencia, si estas Ave Marías se pronunciasen con el alma, como no condeno la repetición de preces en el “Prayer-book y en los Salmos; pero he oído muchas veces en la iglesia al sacerdote y al pueblo decir las indignamente y cercenarlas de muy mal modo, sin sombra de atención.

—¡Demasiado! respondió el misionero ¡demasiado! Aquí teneis razón para dar y vender. Añado que, aún en sus casas, las buenas familias, al rezar el rosario, lo des-

trozan á veces de modo peor, y que las palabras Ave Marías casi no se salva una entera. ¡Quién sabe! Acaso también sucederá que vos y vuestra señora madre, rezando las veinte y siete repeticiones del salmo, os distraigais . . . y no apliqueis la mente.

Mistress Needle se sonrió; John confesaba con la cabeza.

—Ya se sabe, continuó el sacerdote: la Iglesia, es decir, el Espíritu Santo, propone una práctica de concepto altísimo, de perfección soberana y de provecho sumo; mas luego los frágiles mortales, comenzando por mí, no llegan al ideal: lo cumple cada uno en la medida de su capacidad y de su devoción. Lo mismo pasa cuando cada uno de los fieles recibe los Sacramentos que son, sin embargo, inmediatamente instituidos por el Hombre-Dios; con todo, de la mayor ó menor piedad de los fieles no se sigue por ningún concepto que la institución no sea en sí dignísima y obra celeste de la infalible sabiduría. Convenid, pues, en que el ideal que se propone la Iglesia católica en el rezo del rosario y en la repetición de oraciones determinadas, resplandece por su admirable sabor bíblico y por su discreción práctica: con-

venid, sobre todo, en que los abusos de los ignorantes y de los devotos no deben inspirar sino la buena resolución de no imitarlos.

Así diciendo, el sacerdote sacó de su bolsillo muchos rosarios (tenía siempre provisión), y sacando cinco, se puso á decir: —Señores, aunque protestantes, no desdeñais la invocación de la Virgen: acabo de haceros palpar con la mano que invocarla con el rosario es enteramente lógico, conforme con el espíritu de las divinas Escrituras, y saludable. Si os guía la razón y no las vanas preocupaciones, os servireis de éstos para rezarlos; si no, guardadles como un recuerdo de vuestra visita al santuario.

John admitió el rosario cortésmente; Clara y Clemencia con viva gratitud, Julia con tanta reverencia, que acercó á él los labios. Sólo mistress Needle, á la cual se ofreció después que á los demás, vacilaba y sentía escrúpulos. El misionero añadió bromeándose:— Vamos, no vacileis, me guardo bien de compeleros á rezar, hareis con él lo que vuestro corazón os inspire.

La Needle alargó la mano.

El misionero:—Os profetizo que si un día, además de la confianza en la intercesión de la Virgen, prende por ventura en vuestro corazón una chispa de amor filial, tendreis á gala y á gloria rezar las decenas del rosario, chupándoos los labios de gusto por la suave dulzura. La naturaleza misma del concepto y la gracia os traerá, como traje á innumerables santos católicos, hombres muy sabios y muy graves; aun hoy trae á muchos profesores y ministros vuestros que se convierten al catolicismo.

—Paréceme, por lo contrario, respondió la Needle, que mi carácter aborrece.

—No puede ser, no aborreceis; vos, por el contrario, naturalmente os inclináis á repetir . . .

Repuso la Needle con viveza: —¡Oh! ¿Cómo conocéis vos, esta inclinación mía que no siento en verdad?

—La conozco, la conozco; y buscándola un poco, la encontrareis prontamente. No podeis despojaros de la humana condición, arrancándoos del alma esta inclinación común á todos. He visto yo siempre, y habreis visto también vos, que cuantas veces un afecto sincero calienta el corazón, las repeticiones brotan de los labios impetuosas, necesarias, irresistibles. ¿Os habeis

encontrado en una plaza, cuando un pueblo aplaude á un príncipe querido? Id á decirle que vasta un solo *viva*: os responderá el pueblo renovando los *vivas* una y cien veces, hasta hender la capa de los cielos. ¿No pasa lo mismo en vuestros *meetings*, cuando una multitud de disidentes se pone á dar berridos? Poneos á filosofar con tales gentes y decidles que es un exceso gruñir con frecuencia. ¡Sí! Se pondrán á gruñir contra vos una vez y cien, como perros rabiosos. No bien un auditorio de poseídos, en el salón de un teatro, se pone furiosamente á ensalzar á una cantante, ¿hay medio de impedir las repeticiones de los aplausos, de las manotadas y de los gritos? Quisiera contemplaros en medio, diciéndoles sosegadamente: —Señores, con buen modo, aplaudo que admireis y pongais de realce los delicados sentimientos del corazón en favor de la *diva*; mas todo esto se muestra con un simple palmoteo: uno sólo basta; lo demás es superfluo. ¿Veriais de qué modo escuchaban vuestra filosofía!

—Comprendo, dijo la Needle, que la pasión obre con desorden, pero no la piedad.

—David, preguntó el misionero, ¿repe-

tía veinte y siete veces el grito: "porque es eternamente misericordioso" por desorden de pasión ó por ímpetu de piedad celeste? Los amores virtuosos y sobrenaturales son también pasiones; aunque ordenados, hierven, embriagan y exhálanse como los demás en repeticiones: es ley eterna del corazón humano, que imprimió la naturaleza y que no borra la gracia. . . Mas ¿de qué sirve discurrir? (añadió el misionero echando á la señora una mirada cortésmente maliciosa): descubro á simple vista que teneis la fisonomía de repetidora número uno.

—De veras que no.

—De veras que sí, repuso el misionero. Me figuro veros diez años atrás (miraba el sacerdote á las niñas), ó mejor aún (miraba entonces á John) hace diez y ocho; recién casada, sentiríais por la vez primera el gozo de ser madre, cuando este joven vigoroso no era más que un infante lindo ¡el primogénito! Confesadlo, señora, sucedería como si lo viese; os lo poníais en vuestras faldas, lo estrechábais contra el seno y os lo comíais á caricias, derritiéndoos de placer al contemplar su perfil, su fren-

te, sus mejillas, su semblante; atreveos á negar que cien veces os esforzasteis para coger en su mirada la primera señal de su afecto hacia vos, y que cien veces le descubristeis en su sonrisa, en el mover de sus manecitas, en el girar de sus ojos; apuesto mil contra uno á que en estos transportes de ternura materna los besos volaban de vuestros labios á mazos y á montones, de manera que seguía el uno al otro; poco después el besar y el volver á besar comenzaba más apasionado, más alegre y más amoroso, para renovarse dentro de un ratito, como si no lo hubiéseis besado nunca.

Herida mistress Needle en la más delicada fibra de su corazón, y mirando afectuosamente á sus hijos, respondió:—Claro está: ¡cuando una es madre! Pero ¿qué tiene que ver esto con lo otro?

—Suponed ahora, prosiguió el sacerdote que un rígido puritano de corazón de piedra pomez hubiese venido á interrumpir las expansiones del amor con esta helada razón: "Buena señora, si deseais mostrar vuestro amor, basta un beso y no más: este besuqueo es una repetición insulsa"— ¡El insulso sois vos! le hubiérais respondi-

do, brillando vuestra majestad materna ofendida; el insulso sois voís, que imagináis agotado el amor de una madre con un beso solo; tengo una fuente de amor en el corazón; una fuente que rebosa y es inagotable; no repito el acto anterior, sino que hago uno nuevo á cada beso; no me basta uno, ni mil.—Aplicad.

—Haced vos la aplicación, padre reverendo, dijo entonces Julia, que siempre había callado.

—Al alma ferviente, continuó el misionero, no le basta ni uno ni cien ímpetus: élévase á la Virgen con el primer saludo: Ave María: la exalta con el más alto encomio posible en humana criatura llamándola Llena de gracia; la bendice, así como á su Fruto divino; y, en fin, se refugia en su materna protección para su necesidad actual, y para el trance de la muerte, de que depende la felicidad suprema. Ahora bien: decidme, señora, ¿os parece que tal coloquio enamorado y gozoso de absoluta confianza en María, no puede repetirse una y muchas veces por los que se sienten hijos suyos? Como lo puede repetir cien veces el corazón palpitando, también lo puede repetir cien veces el labio. . . . Repetidora de

afectos de la tierra, aprended á repetir los afectos celestes.

Mistres Needle quedaba convencida: el parangón sacado de ella misma le había esculpido la verdad de la mente y el corazón. Sonrió, y dijo:—Me habeis cogido por el lado débil.

—Sin embargo, dijo el religioso, no quiero sacar demasiadas consecuencias de las cosas dichas: me basta que os contentéis con enaltecer el rosario, y recitar, si os inspira el Señor, alguna decena. No será leve ganancia para vos, ni vano recuerdo de vuestra venida á Lourdes.

John, viendo que con estas palabras el sacerdote hacía señal de despedirse, no supo ya ocultar un deseo suyo muy secreto, que continuaba sin satisfacer: el de presenciarse alguna de las maravillas que aseguraban ocurrían en el santuario frecuentemente.

—Señor, les respondió el misionero; con el mayor gusto satisfaré vuestro deseo: he visto el milagro y los milagros tantas veces, que casi no me producen asombro ya. Pasma me causará si no llegais á ver alguno, caso de que podais deteneros.

—¡Imposible! dijo entonces de pronto la Needle.

—Lo único que puedo hacer, replicó el sacerdote, es suscribiros á los "Anales de Lourdes:" con pocas liras anuales sereis informado de los principales prodigios que ocurran.

—No tendríamos tiempo para leerlos, dijo la Needle.

El misionero no insistió; pero John, sabiendo que se hacía el abono en la redacción del periódico, volviéndose al superior de los misioneros, dióle incontinenti el dinero y su dirección á Parque Verde.

—Poned atención, respondió el sacerdote. . . . Ahora he de irme con vuestro permiso: ¿ois esta campana?

—¿Qué significa? preguntó John.

—Es la señal de Lourdes, que anuncia el paso de la caravana de peregrinos que aguardamos. Dentro de poco me tocará recibirles.

Julia, según la costumbre italiana, le pidió la bendición. El sacerdote, después de bendecir á la piadosa joven, saludó á los forasteros, y con grandes pasos fuése á la iglesia.

Dijo John á su madre:—Quiero ver:—

Lo dijo con voz tan resuelta, que la buena mistress Needle sintió que desaparecía toda veleidad para resistir. Siguió á su hijo, que andaba buscando una cresta, desde la cual pudiese ver la gruta y la llegada de los peregrinos.